

nes en un país, lejos de ser síntoma de vitalidad pública es todo lo contrario.

Mas dejando todo esto y viniendo a otras cosas, parece, por todo lo que uno lee que en la América Hispánica se escribe y por este libro que va despertando en ella la conciencia de su unidad, su americanidad hispánica, y que despierta ante el sentimiento de peligros que la amenazan, el yanqui desde luego, acaso el alemán, ¿y quién sabe? algún día tal vez el japonés.

He dicho alguna otra vez, mas quiero ahora repetirlo, que los países, y más aun los llamados nuevos, o sea las colonias—y en cierto respecto las naciones hispanoamericanas, a pesar de su independencia, no han dejado en su mayoría de ser colonias—no son tanto de los que fecundan su suelo con su sudor y su trabajo, como de los capitalistas que explotan la colocación de sus productos, la importación de géneros a ella o la exportación desde ellas y sus grandes empresas industriales. Y esos capitales son, por lo regular, extranjeros. La dependencia económica de la mayoría de las naciones hispanoamericanas es evidente, y con esa dependencia no puede ser muy sólida la independencia política. Y si tuvieron que sacudir el dominio de España es no tanto porque ésta fuese un amo tiránico—que la tiranía de España en América es una leyenda que pasó de moda—como porque era un amo pobre. España no estaba, por su pobreza y escasez de capitales, para explotar de un modo equitativo sus colonias americanas, llevando la prosperidad material a ellas. Y ya dijo Aquiles que lo peor que se puede ser en la tierra es criado de amo pobre. España era un amo pobre, una nación arruinada y los Estados Unidos son un amo rico. Aquí está todo.

Es, pues, la independencia económica lo que tienen que cobrar las naciones hispanoamericanas y forjar sus conciencias nacionales y robustecer su base de justicia económica. Tienen la ventaja de que en la mayor parte de ellas no existe el fantasma del clericalismo—que no es, aquí, en España, por lo menos, sino un fantasma—que les pueda distraer y desviar de ese su principal propósito. Y es la justicia económica la que puede librarlas también del caudillismo, puesto

que el caudillaje se organiza y se mantiene para la explotación económica.

Claro está que esto no excluye ni mucho menos, antes bien la incluye, toda labor de solidaridad espiritual, a base principalmente del idioma, entre los pueblos hispanoamericanos, y no digo latinoamericanos porque eso de latino es poco claro y menos preciso, más una categoría lingüística que étnica, y si se quiere incluir al Brasil, en que se habla portugués, y no se admite la denominación tradicional de Hispania para la Península toda ibérica, era mejor llamarlos iberoamericanos, pero nunca latinos.

Creo, además, que la justicia económica, sería la mejor base para esa confederación espiritual hispanoamericana de que Enrique Pérez habla con devoción y que tantos otros han tratado y últimamente con verdadero fervor un compatriota del autor de este libro, el colombiano Diego de Mendoza.

Cierto es que para todo esto se tropieza, como muy acertadamente indica Enrique Pérez, con la inercia de las masas, que en una de esas naciones lleva el lastre del elemento indígena, por naturaleza y por educación inerte, y en todas la acción del emigrante que no se preocupa gran cosa de la justicia con tal de hacer dinero. Y el patriado, las familias con algún arraigo tradicional en la tierra, conviértese fácilmente en oligarquía.

Es de creer, sin embargo, que el progreso, por así decirlo, automático de esos países que resulta de su creciente densificación de población y afincamiento de capitales traerá, sin cirugía alguna, el remedio a los más de los males que—¡ojalá fuese con toda la exageración que yo supongo!—denuncia Enrique Pérez. Y en el fondo acaso lo más de ello depende de vías de comunicación y nada más. Hace ya muchos años que Sarmiento dijo: «el mal de la República Argentina es su extensión. La América Española es hoy demasiado grande para la población que encierra».

Este libro de Enrique Pérez hará que muchos paren mientes en ciertos problemas, y que los que han pensado ya en ellos los vuelvan a pensar. Y no es poco.

*Miguel de Unamuno*

**Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 3 de la última página. Le interesa.**